

UNIVERSIDAD Y DEMOCRACIA EN ARTURO ROIG

Reflexiones en Homenaje al legado de un Maestro

DR. VÍCTOR R. MARTÍN FIORINO
Doctorado en Ciencias Humanas
Universidad del Zulia
Maracaibo Venezuela
martinfiorino@yahoo.com

En el contexto del vacío valorativo producido por el fracaso de los modelos de sociedad fundados ya sea en el egoísmo individualista, apoyado en economías inequitativas, o bien el colectivismo despersonalizante, fundado en ideologías fanáticas, *está emergiendo hoy, sin embargo, y con no poca dificultad, un nuevo pensamiento de lo humano*. Y lo está haciendo principalmente en los espacios de la formación, especialmente la educación universitaria, y de transformación, especialmente en el debate acerca de la democracia y de nuevas formas de la política. Frente a escenarios de aparente invulnerabilidad de sistemas y prácticas políticas fundadas en el desconocimiento de la dignidad de las personas en el ejercicio de la ciudadanía y apoyadas, explícita o implícitamente, en la violencia y la amenaza, se plantea la necesidad de reforzar y activar mediaciones educativas y comunicativas basadas en relaciones de respeto y convivencia y no en relaciones de poder y manipulación. Tales nuevos sistemas y prácticas, de inspiración no autoritaria ni excluyente, han tenido y tienen en América latina una presencia que ha marcado decisivamente a muchos pensadores, defensores del respeto a la dignidad humana: un ejemplo de extraordinario valor es la figura del filósofo argentino Arturo Andrés Roig.

El recorrido que se plantea en estas reflexiones tiene como hilo conductor la convergencia que, en el pensamiento de Arturo Roig, puede establecerse entre los ámbitos de la misión y la labor universitaria en tiempos de dificultad y crisis, por una parte, y su contribución al desarrollo de la democracia, por otra, como parte de un abordaje inteligente orientado a dar respuesta a profundas demandas sociales desde un pensamiento crítico, riguroso y con basamento moral. En toda la obra de Roig está presente la búsqueda de fundamentos para la práctica de una pedagogía participativa y ello desde lo que en una oportunidad fue calificado como el optimismo y la esperanza pedagógica. En la entrada al siglo XXI, Arturo Roig no sólo ha diseñado un camino de la Universidad hacia la Democracia que constituye un legado de inmenso valor para el presente, sino que nos ha dejado los puntos de apoyo para hacer que el mismo pueda ser llevado a su futura realización.

Si, como lo hemos sostenido en otra parte, el filósofo es alguien que busca explícitamente ser testigo e intérprete de la condición humana en sus contextos históricos concretos, no cabe duda de que Arturo Roig lo fue en un sentido especialmente valioso. Cuando, bajo el autoritarismo de un régimen militar, fue forzado a dejar su país y a extender su fecunda siembra a países como Ecuador, México o Venezuela, entre

otros muchos, lo fue por su condición de testigo de la condición humana sufriente, finita, frágil --aunque al mismo tiempo llena de potencialidades—de quienes estaban excluidos. Ser testigo de la injusticia o de la violación de los derechos humanos, acompañar la condición humana sometida a la arbitrariedad, era y es en América Latina tarea nada fácil: se arriesga, al menos, el vilipendio, la persecución o la amenaza. Arturo Roig lo sintió en carne propia y su práctica transformadora y democratizadora en la Universidad --especialmente la Universidad Nacional de Cuyo, en su Mendoza natal— constituyó uno de los motivos de la persecución de la que fuera víctima.

Arturo Roig fue igualmente un intérprete de la singular y situada experiencia de los latinoamericanos, promoviendo su conocimiento, valoración y afirmación y convirtiéndola, mediante sólidas herramientas de carácter histórico y teórico, en un discurso que pudo ser comprendido y asumido, convirtiéndose en anuncio orientador: filosofía auroral, simbolizada en la calandria como ave del amanecer. Reflexión crítica, como reclamo de lo humano, y esperanza lúcida, como fuerza transformadora. Como ya en 1998 lo señalara Daniel Prieto Castillo, “la obra toda, y la vida toda, de nuestro querido amigo (Arturo Roig) se ha sostenido siempre en ese recalcitrante optimismo que traducimos aquí con otras palabras: una recalcitrante, preciosa, esperanza. Cuando a uno la historia parece pasarle por encima es posible que orille en algún momento la desesperación, pero hay un aliento vital, ese optimismo, que no permite abrir los brazos a la desesperanza” (1). Esperanza valiosa, que es el nombre de la capacidad de transformación hacia aquello descubierto y buscado como un bien.

Sobre ello, de manera muy aleccionadora y de plena vigencia actual, afirmaba Arturo Roig, en una entrevista realizada en Chile, en la Universidad de Talca: “Hemos vivido momentos en que creíamos que la historia nos estaba pasando por encima. Sin embargo, no hemos perdido ese optimismo, es un optimismo, diría yo, recalcitrante, un optimismo a pesar de todo que se apoya a lo mejor en cosas muy simples, en el hecho que seguimos viviendo, que podemos seguir luchando, que se pueden seguir diciendo las cosas que se piensan... No hay nada, desde el punto de vista científico y epistemológico que me pueda probar a mí que las oportunidades se han terminado” (2). Ante escenarios de dificultad y amenaza, en ambientes problemáticos como los de las universidades autónomas (“universidades nacionales”, como, en la terminología argentina las denomina Roig), se trata de no dar lugar a la desesperanza o al fatalismo y en cambio asumir, con determinación y prudencia, el desafío de proponer, argumentar y realizar proyectos --concretos, abiertos, en red—que refuercen la democracia, tanto en la propia universidad como en la sociedad.

Se desprende de las propuestas de Roig que, ante tales escenarios, no cabe retraerse a un nivel de supervivencia sino afirmar la vida: “seguimos viviendo, podemos seguir luchando, seguir diciendo las cosas que se piensan”, según la expresión del maestro. De las universidades, nos dice, se espera una respuesta inteligente. Hablando de la Universidad del siglo XXI, afirma que dicha respuesta, al mismo tiempo urgente y permanente, debe ser pensada y formulada en términos de “tiempos largos”, para el largo plazo, que es el tiempo de los proyectos, especialmente “cuando se está dejando atrás” conceptos y prácticas (de poder, de injusticia, de manipulación) heredados de un largo proceso económico, ideológico y político. Dar una respuesta inteligente a un mundo que se presenta bajo las apariencias contradictorias de la globalización y de la fragmentación, así como también bajo la presión de ideologías de pretensión hegemónica. Tal respuesta habrá de surgir de los fundamentos mismos de esa realidad, para superarla, desenmascarando los mecanismos de encubrimiento y las falsificaciones.

La respuesta inteligente de la Universidad es entendida por Roig desde tres conceptos que considera axiales: resistencia, emergencia y democracia. Tales conceptos pertenecen a la mejor tradición de la Universidad a lo largo de su historia, tienen ejemplos valiosos en la historia de las universidades latinoamericanas y poseen una indudable vigencia en los tiempos actuales. Aquí interesa especialmente la referencia a la tarea de pensar, defender y construir la democracia en y desde la Universidad.

A partir del siglo XVIII, las grandes Declaraciones, desde la de Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789 hasta las más recientes fundamentaciones de los Derechos Humanos, han insistido en el respeto a los derechos inalienables de todo ciudadano a vivir en democracia, a rechazar toda opresión y a gozar de garantías tanto en la aplicación de una justicia imparcial como en la separación y el equilibrio de los poderes. El establecimiento de la democracia moderna se ha caracterizado, en la mayoría de los países, por la normalización, dentro de sus instituciones, de aquellos derechos, en paralelo con el rechazo explícito de las situaciones en las que predomina la injusticia. En el último tercio del siglo XX, según lo apunta Roig, autores como Alain Touraine, “en su intento de rescatar la democracia frente a las crisis contemporáneas, define al sujeto, fundamentalmente el sujeto político, desde la categoría de resistencia, a la que entiende como afirmación de la libertad” (3)(Roig, 1989: 241)

Los caminos de la democratización se han servido igualmente de la noción de emergencia, tomada de la biología como lo señala Roig, que comenzó a extenderse desde mediados del siglo XX. Ella se refiere a las condiciones para valorar el surgimiento y la consistencia de las manifestaciones sociales críticas, subrayando el marco de contingencia como condición de posibilidad de lo nuevo. Se trata de la apertura de vías de ruptura, de manifestaciones creativas en el marco de horizontes cerrados por la intolerancia y el pensamiento único. Puede ser entendida, por una parte, como intento de superar las barreras de una “razón oficial” con pretensiones de generar una resignada aceptación, y por otra, como reconocimiento de la lógica y la racionalidad propias de los movimientos sociales que plantean nuevas metas de democratización.

Hablar de democracia, dice Roig, es plantear una paradoja: palabra antigua, de más de dos milenios, pero idea nueva. Palabra-idea desde la que es necesario asumir el siglo XXI, apoyándose en la línea de fuerza que, desde el siglo XVIII, sostiene el eje de los Derechos Humanos. Democracia que, como lo apunta Roig, no está supuesta en la actual globalización, presentada como pretendida defensa de la libertad, pero que implica necesariamente exclusión. Democracia que tampoco se encuentra supuesta en los proyectos de poder con objetivos ideológicos, presentados como pretendida defensa de la igualdad, pero que implican concentración y desequilibrio de poderes en detrimento de la ciudadanía, presentada por Roig como el valor fundamental de la democracia.

En la concepción de Roig, “un régimen democrático, en la medida en que se organiza sobre el principio de los derechos humanos, interfiere en lo que podría ser una libertad absoluta de mercado”. Por otra parte, el ejercicio efectivo de tales derechos exige, en primer término, el respeto al pluralismo, a la diversidad: ideológica, política, religiosa; en segundo término, supone un Estado capaz de garantizar el aporte de las distintas corrientes sociales a la vida en común; y, en tercer término, requiere de un discurso político-institucional de respeto al diferente. De este modo, resulta claro que la democracia representa un difícil equilibrio, dice Roig, en el intento de superación de la inevitable conflictividad siempre presente. Acerca del intrínseco valor de la democracia, destaca Roig “la importancia que la democracia tiene en cuanto ámbito de lo político. Únicamente en ella puede alcanzar plenitud el individuo humano en cuanto ciudadano y la ciudadanía –como lo dice Hannah Arendt—es el derecho de tener derechos. Solamente desde ella se puede hablar de derechos humanos” (p.243).

El pensamiento democrático, en su producción e irradiación, encuentra una fuente muy importante en la Universidad y en la tradición de la misma como valioso patrimonio institucional y cultural de los países latinoamericanos. El aporte decisivo de las universidades a la vida democrática no puede ser desconocido ni menospreciado, ni por razones de “competitividad” o “eficiencia” del mercado –no siempre compatibles con el pensamiento reflexivo y crítico—ni tampoco por razones de intolerancia o fanatismo ideológico. Desde la consistencia de este aporte, se trata, afirma Roig, “nada menos que de afrontar la misión de construir una nueva universidad y para eso no nos queda otra vía que instalarnos dialécticamente frente a un mundo en el que, por obra de la tecnología, ya no quedan islas. En otras palabras, hay que asumir al mundo” (p. 249).

La idea de una Universidad reflexiva, actual y actualizada, incluye la incorporación crítica a los ritmos vigentes en el mundo, dejando atrás las visiones dicotómicas atrapadas en las redes ideológicas de un pasado rígidamente dividido entre conservación y revolución. Si los ritmos, señala Roig, “son de aceleración constante e imponen un ámbito de competencia, allí habrá que instalarse. Si la competencia exige rendimientos y calidad cada vez más altos, pues, eso habrá de ser logrado. Si la calidad, a su vez, nos obliga a evaluaciones cada vez más rigurosas, ¿por qué no ensayarlas y ponerlas en marcha?” (Ídem). Sin embargo, advierte, es necesario tener cuidado, pues la Universidad tiene también, y principalmente, otras funciones: “la Universidad es una institución moral, y no sólo porque deba ejercerla internamente, sino porque ha de generar prácticas que redunden en beneficio de la salud moral de la nación. Y una de ellas es la crítica, tarea que no se mide en relación con la competitividad”. Sobre ello, y citando a José Martí, Roig nos recuerda que “los pueblos han de vivir críticamente, porque la crítica es salud. Y son enfermos, aquellos en los que los sectores críticos o no se constituyen o simplemente se encuentran reprimidos o fuertemente imposibilitados para cumplir con lo que José Martí llamaba una sana vida nacional” (ídem).

En el pensamiento de Arturo Roig, llevado en parte a la práctica en la rica experiencia de la universidad argentina brutalmente interrumpida por el régimen militar, la Universidad es entendida siempre como institución de formación de ciudadanos críticos. Acerca de ello, el propio Roig afirma que dicha formación no se apoya en “una moral del egoísmo nacional, sino antes que eso la moral principista de los derechos humanos, abierta a todas las manifestaciones de las formas diversas de las morales emergentes” (ídem). En apretada síntesis, delinea la misión de la universidad latinoamericana en estos términos: “En fin, una universidad consciente de los graves problemas de polarización y de exclusión que afectan a nuestra humanidad, celosa de su misión histórica, abierta a la construcción y proyección de ideas reguladoras, que no quiere encerrarse en nacionalismos y, menos aún, en fundamentalismos, pero que tampoco está dispuesta a renunciar a su inserción nacional, que en cuanto institución autónoma está orgullosa de pertenecer a una de las tradiciones más ricas de nuestra cultura y, en fin, una universidad que espera el milenio sin milenarismos” (p. 251)

Mirar el mundo, éste, el de nuestra América, desde unos ideales compartidos, fue siempre el propósito que guió los pasos de Arturo Andrés Roig. Logró contagiar esos ideales a todos quienes lo conocieron, ya sea porque tuvieron el privilegio de ser sus discípulos, en la Universidad Nacional de Cuyo en Mendoza, en México o en Ecuador, o bien porque pudieron seguir sus lecciones y conferencias en los diversos lugares del mundo donde enriqueció la reflexión filosófica, o aún porque alcanzaron a descubrir, en la lectura de su vasta y profunda obra, un universo de saber crítico y comprometido con lo humano. Inicialmente, las alturas de los Andes en Mendoza fueron el desafío para el vuelo de su espíritu, honrando el lema de su Universidad. Más tarde, en todo el continente, en la América Latina toda y dondequiera que en el mundo llegó su pensamiento, se le reconoció la estatura de Maestro, verdadero filósofo de la condición humana.

NOTAS

- ¹ PRIETO C., Daniel, “*Arturo Roig: el optimismo y la esperanza pedagógica*”. Prólogo de: Roig, A. *La Universidad hacia la Democracia*, Mendoza, Ediunc, 1998.
- ² PINEDA, Javier, “*Una trayectoria intelectual. Entrevista con Arturo Andrés Roig*”, en: *Estudios Latinoamericanos*, Santiago de Chile, 1993.
- ³ ROIG, Arturo, *La Universidad hacia la Democracia. Bases doctrinarias e históricas para la construcción de una pedagogía participativa*. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 1998.